

República Del Choteo y  
Choteo de la República

Por RAMON VASCONCELOS

**S** I el lector siguió con interés—lo que es presumible—la carta del señor J. J. Suárez, habrá llegado a las siguientes conclusiones:

- 1) Lo mismo da que el Gobierno trabaje en consejo diez horas continuas que ninguna, porque de ello no sacará el país ningún provecho.
- 2) Más horas ha laborado a veces el Congreso y los beneficios para la nación no han sido mayores.
- 3) Todo está igual, parece que fué ayer, como en "Marina".
- 4) Se impone la fórmula martiana: "De vez en cuando hay que sacudir el árbol para que se desprenda el fruto podrido."

El tema exige más de una cuartilla. Y se corre el riesgo de fatigar al lector sin convencerlo, olvidando que el diarismo, como la buena cerveza, debe ser claro y ligero, para que estimule sin irse demasiado a la cabeza.

Por lo pronto, una negación: no es igual trabajar que cruzarse de brazos en espera del santo advenimiento de la normalidad. Esperándolo interminables años ha estado la Provisionalidad, cuyos límites exactos no se pueden determinar, porque son como aquél

"en que coincide la clara luz con la insensible sombra."

No es igual ni mucho menos—entregarse con entusiasmo a la tarea de poner orden en la casa (papel del coronel Batista) que dar tiempo al tiempo en un "dulce farniente", tomando la Constitución por cómoda almohadilla.

Juan José Suárez apunta: "El hombre de la calle no cree en el esfuerzo del Gobierno, y sonríe."

No es raro. El hombre de la calle no cree en nada. No cree en nadie. Obra por reacciones subconscientes. Lo han engañado tantas veces y él ha engañado tantas otras, que ya no tiene fe ni en sí propio. El choteo es la flor de su escepticismo. Es el hongo de la impotencia, del despecho y de la envidia que dejó la colonia en el alma del pueblo cubano. En cuatro siglos de renegación el régimen colonial le inculcó el convencimiento de que era incapaz, versátil, deshonesto, venal, más vulnerable por el vicio que el cedro por el berbiquí. Desde la cuna, el criollo escuchó la apología de lo extraño y la abominación de lo propio. La Guerra Grande, hecha por los ricos, no llegó a ser isleña, sino provinciana, y hasta local: no pasaron de siete mil los insurrectos. La del 95 reunió a unos cuantos intelectuales, a escasos burgueses y a un grupo de profesionales de poca o ninguna clientela, apoyados en una masa irredenta de guajiros, negros y desesperados. El que tuvo casa, coche, renta segura, además de honores o por lo menos un destino, lo pensó mucho. Lo pensó tanto, que se concretó a "aceptar los hechos consumados" sin moverse de la ciudad cuando se derrumbó el coloniaje. Pero con la redención política, simbolizada por la bandera, no vino la redención espiritual. Máximo Gómez dijo el 20 de mayo de 1902: "Ahora creo que hemos llegado." Creía nada más; no estaba muy seguro, y con razón, porque destituido tres veces en treinta años de servicios heroicos a Cuba, poco esperaba de la consistencia moral de quienes habían ridiculizado a Martí en la Emigración y olvidarían a Maceo mucho antes de que se apagara el eco de sus combates.

Cuando Blanco salía por la boca del Morro, ya fracasado exclamó:

—;Nos vamos; pero os dejamos a Juan Gualberto!

Debió haber dicho con más propiedad:

—Nos vamos; pero os dejamos nuestra herencia de desconfianza en la propia capacidad, de autodesestimación, de idolatría por todo lo extraño y desdén por todo lo cubano.

Negar siempre por sistema; no creer ni en lo que se palpa, exagerando el objetivismo de Santo Tomás; sembrar la duda a voleo; crear la grieta que provocará la desintegración: "formar el rollo", "ponerle piadosamente al compatriota la cáscara de plátano en la acera", "enyerbar" por sport el predio ajeno; todo ese índice de la viveza criolla, no es en el fondo más que rezago de la colonia.

Todo en Cuba era transitorio, desde el Capitán General hasta la familia en ocasiones, desde el empleo hasta la vivienda. Por eso ésta fue construida generalmente con materiales inconsistentes; por eso hubo tanto hijo natural y tanto matrimonio ilegítimo; por eso se fomentó el hábito de la hipoteca y de los cambios frecuentes de residencia; por eso nació la costumbre de mirar como explotación, como agresión al contribuyente, toda iniciativa fiscal del Gobierno; por eso se recibió siempre con simpatía la postura opositora y con desprecio la gubernamental. "La siempre fiel Isla de Cuba" sería con el tiempo, por inclinación atávica a la auto-descalificación, "la República del Choteo", hasta que a fuerza de repetirlo, se lograra el choteo de la República, o sea, de sus leyes, de sus instituciones y de sus hombres más ilustres. No ha habido un solo presidente cubano, sin excepción alguna, que haya bajado las escaleras de Palacio sin





la animadversión de su pueblo. Todos llegaron entre aplausos y salieron entre condenaciones airadas.

Es que jamás el hombre de la calle encontrará un ciudadano, uno solo, que a su juicio reúna las condiciones necesarias para desempeñar la presidencia. Al que no le falte una virtud le sobrará un vicio. Por defecto por exceso, los irá eliminando uno por uno.

En cambio, ¡qué honor—en otra época—ser contertulio de un personaje influyente de la colonia! ¡Qué orgullo—hoy—tener un amigo poderoso en Washington, o siquiera en la carpeta de una compañía americana!

Complejo de inferioridad se llama esa figura.

Y cuando no es esto, es el extremo opuesto: la "guataquería", la deificación, la incondicionalidad, el sahumero, el adjetivo hiperbólico.

¿El Congreso? Sí, como no, tiene sus pecados. Los tuvo y los tendrá. Todos los Congresos adolecen de las mismas imperfecciones. Pero, ¿cómo se quiere que el elegido sea de distinta mentalidad y moralidad que el elector? ¿Cómo exigir pureza ascética a quien sabe que se le espera al final de su período para censurarsele, para cobrárselas todas juntas, para imponerle un precio a la reelección, sin que se acepte como prenda de garantía nada que carezca de cotización inmediata?

Es natural, después de todo. La tragedia económica de nuestro país nos esclaviza a la nómina. El 16 por ciento de la población de Cuba vive del presupuesto. Cuanto más creemos, cuanto más se puebla la isla, más se agudiza nuestra miseria, y más se agravará si los sociólogos de andar por casa se empeñan en ciudadanizar para el disfrute de los escasos medios de vida a los que nunca serán cubanos por el amor a la tierra que los nutre.

El Congreso de Cuba, como todos, es una mezcla de impuras realidades y empeños fructuosos, de intereses creados e impulsos creadores, de cálculo y generosidad. Es, sencillamente, un producto genuino del medio político que lo ha engendrado. Ni mejor ni peor. Ni ángel ni bestia.

Aquí se hizo una revolución para operar transformaciones radicales, para purificar el ambiente político, para depurar el Congreso, para moralizar la administración, para estructurar una nueva Cuba, para cimentar una patria mejor. La revolución lo barrió todo. Dejó la casa en escombros. Se pensaba que de esos escombros saldría el palacio encantado, el templo de la virtud, la arquitectura maravillosa de una República de veste imponente. Lo primero que se hizo fue destruir aquella falsa columna que sustentaba el régimen y era el Congreso. Abierta la jaula de los leones, ¿quién los metería en ella por la persuasión? Han pasado años. Se ha podido revolucionarlo, reformarlo todo por decreto. ¿Y qué se ha hecho? Imponer el orden en la calle y en el campo. Crear lo cívico-militar, incontrastable, ostensible. Y esto, no es obra civil, sino de un caudillo.

El resto, es obra del Congreso con todas sus imperfecciones. Por maquilavelismo, por cobardía moral, por el instinto de servir que es un instinto político, por sincera afinidad con las corrientes nuevas, por lo que fuere, lo cierto es que el Congreso ha facilitado la pacificación moral y política de Cuba. Y si hubo sesiones de media noche en que alguien tomó para sí una notaría entre veinte, un registro entre una docena, una pensión, un gaje análogo, no es porque los congresistas cubanos sean más corrompidos que nadie, sino porque así tiene que suceder hasta en el país más ordenado del mundo. (¿Qué se diría si aquí se distribuyeran los créditos de guerra en la forma que se ha hecho en los Estados Unidos?) Junto a esa pequeña lasca de ventaja directa o indirecta, pónganse las amnistías, las pensiones mejoradas, las leyes votadas para complacer a personas ajenas incluso a la política, para satisfacer a organizaciones proletarias y capitalistas, para corresponder a sugerencias ejecutivas muchas veces extrañas y aun contrarias a los intereses congresionales, y entonces se verá que el Capitolio no es tan aprovechado, tan insensible al bien común, tan indiferente a las necesidades públicas como pregonaba la maledicencia cuando no tiene ningún servicio que pedirle.

No es culpa del Congreso la desorganización administrativa a despecho del doble personal en relación con épocas pasadas; no lo es la desmoralización universitaria a pesar de la autonomía y del crecido presupuesto entregado a las imposiciones de bonches y a la paternal complicidad de un profesorado que llama prudencia a la cobardía y chiquillada al asesinato en pandilla; no lo es tampoco que una generación antipatriótica considere un trapo la insignia fabricada con sangre y una superstición ridícula el culto a los héroes nacionales.

Es culpa de lo que está fuera del Congreso y descarga en él, que no es inocente, las responsabilidades que corresponden a todos en mayor o menor grado.

Ahora se intenta remitir a Palacio toda la culpa de cuarenta años de improvisaciones, fatalismos, contumacias y cubaneos. Se quiere que el coronel Batista, al mes de su toma de posesión, dentro de un régimen semi-parlamentario lleno de limitaciones y complicaciones por la cantidad de partidos y tendencias que juegan en el Congreso, limpie las calles de un escombrazo, coja los baches en una tarde, pague los adeudos a fin de semana no obstante hallar las cajas vacías y los créditos sobregirados, ponga en hora exacta el reloj nacional siempre adelantado o retrasado en largos años de República y fabrique en un sésamo lo que la incapacidad y la mala fe destruyeron en arrebatos histéricos demoleedores, y que lo fabrique con los elementos abstractos de una Constitución, que es como una alambrada, que bastante hará quien la atraviere y llegue a un fin práctico sin destruirla totalmente.

De lo demás, también hablaremos en fecha próxima.

NOTA.—Los suspicaces atribuyen a "habildades" las cartas que aparecen en esta sección. Los originales están a su disposición. Para expresar opiniones no hemos necesitado nunca recurrir a trucos inocentes ni a seudónimos.

MONITOR  
CENTRAL